

Onde você estiver não se esqueça de mim...
In memoriam Eugenio Coseriu

MARÍA KÍTOVA VASÍLEVA
Universidad de Sofía “San Clemente de Ójrid”

El próximo mes de agosto Eugenio Coseriu habría cumplido 82 años. ¡Toda una vida de avatares, de conquistas científicas, de merecida gloria! Llevamos casi un año sin la presencia física del Maestro: nos queda su ciencia, los consejos que supo darnos en el momento más oportuno, sus lecciones magistrales que trazan el futuro desarrollo de la lingüística¹.

Conocí personalmente a Eugenio Coseriu en 1982. Durante su primera visita a la Universidad de Sofía me tocó en suerte ser su guía e intérprete. Fui encargada de traducir al búlgaro una de las conferencias que ofreció a la Sociedad Lingüística de mi país. Coseriu habló durante más de dos horas aduciendo ejemplos de varias lenguas del mundo. Mientras hacía la traducción consecutiva mi estado de angustia iba en aumento: me había dado cuenta de que el maestro comprendía mi idioma; lo había aprendido varias decenas de años antes en Italia con la ayuda de Iván Petkanov, entonces profesor de literatura en la Universidad de Roma. Confieso haber estado sobre ascuas durante las casi dos horas y media que duró la conferencia: me sentía observada por una mirada perspicaz que a cada momento me daba a entender que el que la lanzaba controlaba con escrupulosa severidad la interpretación que estaba haciendo.

A partir de entonces nos hicimos amigos. La nuestra fue una amistad intensa, compartida y fomentada durante todo este tiempo: una amistad que durará más allá de la ausencia física, pues la inexorable muerte es incapaz de destruir la esencia incorpórea de nuestras almas: los recuerdos, las lecciones aprendidas, la fuerza moral que me ofreció en los momentos de angustiosas búsquedas científicas cuando, al sentir que mi cabeza no daba para más, tenía la sensación de ahogarme en el mundo de las ideas.

Los que se mueven en el dominio de la lingüística conocen perfectamente la trayectoria científica de Eugenio Coseriu. En las pocas páginas que siguen no creo poder añadir nada nuevo al respecto: sería un volver a enumerar fechas de ediciones,

¹ En una emotiva página escrita en el diario madrileño *ABC* (7-12-2002), Gregorio Salvador, fiel amigo y seguidor de Coseriu, profetiza subrayando que “todo lo que pueda hacerse en lingüística, seriamente, en el siglo XXI habrá de tener muy presente, en su base, el pensamiento del maestro de Tubinga”.

datos biográficos y títulos concedidos. En nombre de la profunda amistad que nos unía quiero dar a conocer algunos detalles de su otra vida que pocos deben conocer: quizá estos aspectos permitan elaborar una imagen del ser humano, diferente de la conocida y muchas veces temida imagen del científico.

A diferencia de lo que tal vez piensen los que le conocen poco, Eugenio Coseriu no fue solo “un humanista de los que ya no hay”, sino un hombre sentimental, sensible y vulnerable como todos, un hombre cuya vida desde la adolescencia se vio enfrascada en dificultades de toda clase.

Los puntos cardinales de su tumultuosa vida oscilan entre lo mítico y lo real. Hijo de terratenientes moldavos, a los quince años o poco más Eugenio se vio obligado a huir del poder soviético cruzando a nado el río Prut que separaba la Moldavia soviética de Rumanía. La ciudad y la Universidad de Iasi² le abrieron sus acogedoras puertas. Para sobrevivir, el joven estudiante vivió trabajando en casa de un médico a quien prestaba servicios de secretario. Fue precisamente este médico el primero en fijarse en las extraordinarias capacidades intelectuales del joven moldavo. Por intervención y con la ayuda de su beneficiario, Coseriu logró ganarse una beca de estudios y partió para Italia, que pronto se convirtió en su segunda patria³. En Italia contrajo matrimonio con Adele, una de las hijas de Pisani; sin duda la influencia del gran dialectólogo italiano dejó profundas huellas en su formación profesional.

La vida no fue fácil para la familia. Coseriu tuvo que abrirse paso trabajando en cualquier cosa: ejerció de periodista e hizo varios trabajos como corrector de imprenta. La peor época para la familia sobrevino con el término de la Segunda Guerra Mundial. Coseriu no lograba conseguir trabajo fijo que le permitiera sacar a flote a su numerosa familia. Una invitación oportuna del otro lado del océano le salvó permitiéndole establecerse en Montevideo, donde estuvo trabajando desde 1951 a 1963. Con comprensible emoción Gregorio Salvador señala el hecho de que, agradecido al país que lo había adoptado, Coseriu “adquirió la nacionalidad uruguaya y uruguayo ha muerto”.

Eugenio solía hablarme mucho de su familia; sentía profundo respeto por su madre y adoraba a su única hermana Iulia. ¿Sentiría remordimientos? Nunca me atreví a preguntárselo. No cabe duda de que la familia debió sufrir las consecuencias de su huida: lo mismo que en Bulgaria, el Estado rumano de la época consideraba un crimen el poseer algún familiar que había logrado escapar salvándose del régimen. Coseriu odiaba las dictaduras y muy en especial al dictador que había estragado a su patria. No le gustaba hablar de política: lo hacía a su manera contando con sarcástico humor chistes crueles sobre políticos y militares.

² Muchos años más tarde cuando le otorgaron el título de doctor honoris causa de la Universidad de Iasi hablaba con emoción y cariño de la que consideraba su primera escuela superior.

³ Dominaba a perfección casi todas las lenguas del grupo romance. Amaba el castellano, pero en varias ocasiones me dio a entender que sentía un cariño especial por el italiano. La música popular italiana constituía para él una especie de bálsamo anímico.

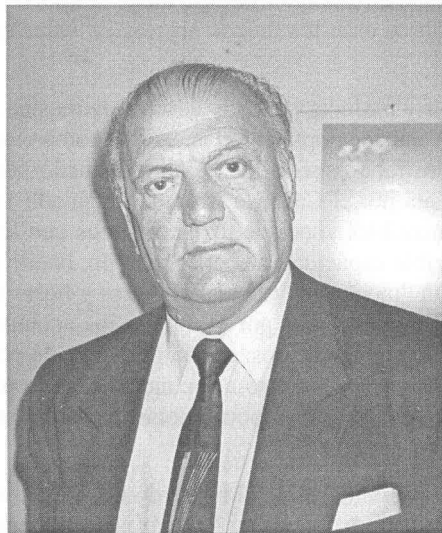
A lo largo de su vida había sufrido penurias económicas. Lo que había logrado ganar era una casa en Kirchentellinsfurt, a pocos kilómetros de Tubinga. Era una casa austera por fuera y parca en decoraciones por dentro. Había unos cuantos cuadros y muchos libros. Coseriu poseía una biblioteca riquísima: las paredes estaban convertidas en estanterías donde depositaba sus libros ordenados por dominios científicos e idiomas en que estaban escritos. Conocía el sitio de cada ejemplar y lo localizaba al instante. Sabía de memoria las fechas de las primeras ediciones de varios libros y detectaba enseguida cualquier incorrección bibliográfica. Durante mi corta estancia en su casa en la primavera del año 2000, cuando estuve revisando con él los últimos detalles de la redacción de un libro mío que poco después salió publicado en España, me confesó que quería cambiar de casa: la suya ya le quedaba demasiado grande. Le preocupaban los libros, pues no sabía qué hacer con ellos: tenía miedo de que no cupieran en una casa más pequeña y tenía toda la razón del mundo. Le sugerí que los donara en vida a alguna biblioteca, quizá a la universidad de Iasi, que realmente los necesitaba. Eugenio me escuchaba en silencio; no dijo nada, tampoco yo insistí sobre el tema, pues sabía que los libros eran los únicos objetos de valor que el gran científico poseía en este mundo.

Le gustaba escribir y traducir versos, y adoraba la música. Durante horas enteras era capaz de escuchar música popular o clásica. Sus compositores predilectos eran Mozart y Vivaldi. Se mostraba especialmente entusiasmado con la música popular georgiana: durante su visita por el Cáucaso le habían regalado varios discos y se deleitaba escuchando las increíbles voces de los georgianos que le impresionaban profundamente. Poseía increíble capacidad de concentración. Nadie podía dar frente a su manera de trabajar: era un “monstruo” trabajando horas y horas sin descansar ni sentirse cansado. En sus constantes viajes por el mundo iba acompañado por su sempiterno maletín atiborrado de medicamentos: estaba obsesionado por el miedo de no enfermarse y verse obligado por ese motivo a renunciar a sus conferencias. Nunca las preparaba de antemano: esbozaba unas pocas notas en las habitaciones hoteleras la noche antes de darlas.

Se me ha grabado profundamente el recuerdo de nuestro encuentro en Lisboa, cuatro años después de habernos conocido. Yo había ido para participar en un curso de verano con la intención de aprender un poco de portugués, pero en aquel entonces estaba lejos de poder siquiera entender lo que me hablaban en ese idioma. Como supe que venía, fui a recibirlo en el aeropuerto. Desde el primer momento insistió en hablarme en portugués. Protesté y quise que siguiéramos comunicándonos en español, que desde siempre había sido nuestro idioma de contacto. Me amonestó recalcando que debía esforzarme en hablar portugués ya que me hallaba en el país por esa razón. Ignoraba que hablaba portugués y le pregunté cuándo lo había aprendido; me contestó con sonrisa socarrona que lo había conseguido en lo que había durado el viaje desde Alemania a Lisboa. Desde aquel entonces acostumbraba acabar sus mensajes en las infinitas postales que me envió desde distintos países del mundo con una frase, a modo de discurso repetido, que había visto grabada en un llavero. La frase decía: *Onde você estiver não se esqueça de mim.*

No lo olvido. No puedo olvidarlo. Lo recuerdan también sus discípulos del Departamento de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Sofía: la Sección de Lingüística, adjunta al Departamento, que existe desde hace más de 40 años, es cosechadora de pies a cabeza. Pero desde el año 1990, cuando salió la primera traducción al búlgaro⁴ de sus *Lecciones de lingüística general*⁵, el libro se convirtió en obra de obligatoria consulta para varias generaciones de lingüistas representantes de diferentes corrientes.

Onde você estiver não se esqueça de mim... Querido e inolvidable maestro y amigo: estés donde estés, no te olvides de los que te hemos querido en vida y seguimos queriéndote, sufriendo en silencio tu ausencia, callando nuestras penas, buscando aliviar el dolor que empaña nuestros corazones en la única fuente disponible que es para nosotros tu herencia científica.



⁴ Varios años más tarde salió la traducción al búlgaro del *Curso* de Saussure.

⁵ Me acuerdo de las dificultades que tuve que afrontar intentando promover la traducción de esta obra. Los representantes de la Editorial *Nauka i izkustvo* ('Ciencia y arte'), única editorial seria de aquel entonces, tenían miedo de lanzar un libro escrito por un expatriado... Me ayudaron los científicos búlgaros que respaldaron el proyecto; la empresa quedó a salvo gracias al hecho de que algunos artículos de Coseriu ya habían sido traducidos al ruso y circulaban por nuestros países. Estimo la labor traductora de sus *Lecciones* como uno de mis logros profesionales: estuve luchando con el texto a lo largo de dos años; el libro se leía como si fuera novela, pero la traducción resultaba difícil. No se podía quitar ni poner una sola palabra dicha por el autor: todo estaba expresado de la mejor manera posible. Terminé con la traducción, pero seguía dudando de su éxito a sabiendas de que el maestro de Tubinga solía revisar personalmente la traducción de todas sus obras. Al final me tranquilicé y quedé orgullosa, pues la mía le había dejado satisfecho.